

Reagan, al Banquillo de Acusados

- ★ Ahora se ve que la Política de EU iba al Garete
- ★ El Dilema es: Mentía o era un Presidente Incapaz
- ★ Fue Usurpada la Representación de Todo un Pueblo

Por MODESTO SEARA VAZQUEZ

El mundo acaba de contemplar, fascinado, uno de esos actos que se han convertido ya en rituales, en la vida política estadounidense: Oliver North, que en su día fue poderoso funcionario del Consejo Nacional de Seguridad, hubo de someterse, durante seis días, al interrogatorio del Comité conjunto del Congreso norteamericano, en una operación de lavado público de los trapos sucios, mediante la cual los vecinos del norte prueban dos cosas: que tienen trapos sucios y que son capaces de lavarlos a la vista de todos.

SIGUE EN LA PAGINA ONCE

*Excelsior 15 de julio 1987
1ra Plana*

Reagan, al Banquillo

Sigue de la primera plana

Durante 7 meses, el teniente coronel North se había negado a testificar, invocando la quinta enmienda de la Constitución, que protege a los ciudadanos norteamericanos contra la obligación de presentar testimonios, que puedan servir de acusación contra ellos. La decisión de comparecer ante el Comité investigador la tomó tras haber llegado a un arreglo, mediante el cual se le concede inmunidad parcial, en el sentido de que sus declaraciones de la semana pasada no podrían servir de base para una acusación.

Trascendiendo lo anecdótico y personal de Oliver North, lo que importa es hacer una reflexión sobre el significado y las consecuencias de este asunto, al que se ha calificado de escándalo, con muchos nombres. Para empezar, ahí tenemos a una persona, que en un puesto subordinado del Consejo Nacional de Seguridad de Estados Unidos, fue capaz de tomar decisiones que tocaban a los puntos más sensibles de la política exterior de Estados Unidos, principalmente relaciones con Irán e Israel, y política respecto a Centroamérica.

En la primera potencia democrática del mundo, decisiones fundamentales escaparon a los controles constitucionales, es decir del pueblo, y fueron tomadas por un puñado de personajes: William Casey (director de la CIA), McFarlane o Poindexter (cabezas sucesivas del CNS) y un gran "patriota" Oliver North, para quien lo que importaba no era lo que sus conciudadanos pensaran o desearan respecto al destino de su país, sino la idea que él tenía de ese destino. Mientras tanto, el Presidente Reagan no se enteraba de lo que sucedía, o hacía como que no se enteraba. Se proclamaba públicamente una política de no negociación con secuestradores y terroristas, presionando a los aliados para que no cayeran en tales pecados, sobre todo con respecto a uno de los principales inspiradores del terrorismo y los secuestros, Irán, y al mismo tiempo se negociaba secretamente con ellos y se los dotaba de armas... previo pago. Como es sabido, parte de las ganancias de ese comercio poco lógico, se desviaban en apoyo de los contras nicaragüenses, a pesar de la prohibición expresa del Congreso; al mismo tiempo, otra parte de esas sumas también contribuían a la tranquilidad financiera de algunos de los "patriotas" antisandinistas norteamericanos.

El 7 de julio de 1986, hace un año, la revista Time dedicaba su portada a un Ronald Reagan rebosante de felicidad, y se preguntaba en la misma portada: "¿Por qué es tan popular este hombre?". La respuesta recogía la opinión dominante en aquel entonces, presentando al Presidente Reagan como el "gran comunicador", que indudablemente lo es. Pero siempre quedaba un resquicio de duda respecto a su grandeza. Algunos encontraban una explicación con el calificativo de "presidente teflón", en el que no pegaban las críticas, por pertinentes que fueran; e incluso el mismo Time mencionaba en aquella ocasión a los críticos, que a la aparente "facilidad o ligereza triunfante" con la que Reagan gobernaba, la calificaban de "descuido o incluso insensibilidad". Sin embargo, el presidente norteamericano seguía personificando, a los ojos de los conservadores, a un hombre que sabía lo que quería y llevaba a su país en esa dirección, con mano firme. Los que observaban el panorama desde perspectivas ideológicas diferentes, no encontraban explicación válida a ese fenómeno y se refugiaban en la resignación, a la espera del término del periodo presidencial, o suspiraban por el milagro de algún hecho biológico que sacara de la Casa Blanca a tan incómodo inquilino.

Un año más tarde, por interposita persona, Ronald Reagan, el más popular de los presidentes de Estados Unidos, aparece sentado en el banquillo de los acusados, para responder de serias acusaciones ante los representantes del Congreso.

La imagen que ha ido saliendo del hombre que lleva 6 años al frente de su país, no concuerda con la que se tenía hace 12 meses. Presidente firme sí, pero sólo en los discursos. En la realidad se le vio como poco enterado de los problemas y nada interesado en los detalles de lo que hacen sus subordinados; aun cuando, como sabe cualquier político, al llegar a los detalles, las grandes directrices políticas pueden desviarse o desnaturalizarse. Ahora se ha visto que la política exterior norteamericana estaba al garete, carente de dirección precisa y sin una definición clara de objetivos. Los aficionados del CNS habían suplantado a los profesionales del Departamento de Estado. Se substituía la falta de políticas, con la agresividad verbal; la ausencia de estrategias, con acciones co-

SIGUE EN PAG. TREINTA Y UNO

Reagan, al Banquillo de Acusados

Sigue de la página once

copiadas de las películas de Hollywood. Se cosecharon algunos aplausos, cuando la fácil victoria de Granada o la represalia armada contra Kadafi; pero al intentar una acción política en profundidad, se empantanaron en la misma ineficacia de Carter. Así, la intervención en el Líbano puede catalogarse como uno de los mayores fracasos de la política exterior norteamericana.

En el otoño de 1986, al conocerse los primeros detalles del escándalo Irán-contrá, los observadores se preguntaban si Reagan estaba enterado de lo que hacían North, MacFarlane y compañía, y si mentía al afirmar públicamente que no sabía nada; o si, por el contrario, efectivamente no estaba al tanto de lo que hacían sus asesores en materia de seguridad, y por consiguiente era un presidente incapaz. En uno u otro caso, la imagen de Reagan salía mal parada. Hoy, después de todo lo que

ha ido saliendo a la superficie, nuestra opinión es que la verdad puede estar en la segunda opción: Reagan no estaba muy interesado en el seguimiento de sus políticas, y tenemos la impresión de que, aunque de vez en cuando le llegaran memoranda sobre diversos aspectos de tales operaciones, o los leía por encima, sin poner la debida atención, o los olvidaba al poco tiempo. Lo que parece más probable, por lo que ha trascendido de la reunión última en Venecia, es que en Reagan no coinciden aspecto físico, que es excelente para su edad, y condiciones mentales, que son seguramente normales para sus años; pero no siendo un hombre conocido por sus proezas intelectuales y no habiendo ejercido la mente de modo intenso y continuado, no puede esperarse

de él que, a los setenta y cinco años, tenga una memoria y una capacidad de atención fuera de lo normal.

Antes, al menos había una sensación del liderato, aunque tal liderato no existiera, pero ahora ni siquiera existe tal sensación y eso crea un vacío que puede resultar peligroso. Dentro de Estados Unidos la situación se complica por la proximidad del periodo electoral. Los políticos rivales no se atrevían al ataque frontal contra un presidente popular, pero ante el político acorralado, todos se van a sentir valientes y mientras los demócratas seguirán atacando tan violentamente como puedan, los republicanos tratarán de distanciarse, para evitar el contagio.

★

Reagan va a ser un hom-

bre muy solo, cada vez más solo, a medida que se acercuen las elecciones. Sin embargo, no creemos que los rumores acerca de la posibilidad de acusaciones, que llegarían hasta su procesamiento y destitución, tengan visos de realizarse. Hay muchas razones contra ello; la principal, quizá, es que a los demócratas no les interesa sustituir a un Presidente debilitado, por un hombre nuevo, no tan comprometido en el escándalo Irangate, y que tendría el tiempo y la plataforma que le ofrece la presidencia, para convertirse en el candidato natural de los republicanos y en un adversario formidable en las próximas elecciones. Prefieren seguir manteniendo a los republicanos a la defensiva. Claro que Reagan también puede jugar su propia carta, que

sería la de dimitir "por razones de salud", escogiendo un buen momento; por ejemplo, inmediatamente después de la firma de uno o varios acuerdos de desarme con la Unión Soviética. Con esta maniobra, Reagan acabaría con las divisiones en el campo republicano, al definir como candidato a su sucesor de la presidencia y se eliminaría él mismo, co-

mo argumento en manos de los demócratas.

Sin embargo esta opción tiene un inconveniente grave para Reagan y es que si abandona la Presidencia, los demócratas ya no tendrían interés en limitar sus ataques contra él. Desde luego que Bush podría otorgarle el perdón presidencial, como hizo Ford con Nixon, pero eso no sería

una buena operación ante las elecciones. Por eso creemos que del panorama político norteamericano no va a desaparecer la sombra del asunto Irangate, antes de las elecciones de noviembre de 1988. Después, a nadie va a interesarle ya; erróneamente, pues a todo el mundo debe interesarle, y a los norteamericanos en particular, que su sistema

político haya dado la posibilidad a un funcionario menor, de usurpar la representación de todo un pueblo, y de actuar en nombre de él para tratar de imponer, apoyándose en la enorme fuerza de su país, sus propias convicciones.

Ese es un camino que, como prueba la historia, al final lleva, indefectiblemente, a la tiranía.